

JUAN ANTONIO LACOMBA ABELLAN (\*)

## **Propuestas para una historia de Andalucía.**

---

Las páginas que siguen son de una evidente elementalidad. Se trata, tan solo, de un puñado de reflexiones apresuradas, en pos de suscitar la confrontación de ideas buscando bosquejar las líneas básicas de un mínimo programa de acción. En suma: quieren ser una especie de meditación en voz alta, de monólogo con vocación de diálogo; y, sobre todo, buscan ser una posibilidad de confluencia de pareceres para la puesta en marcha de una tarea común en la que muchos nos sentimos empeñados; tarea que, con toda urgencia, hay que organizar, planificar y racionalizar.

Tampoco se ha buscado la erudición o la originalidad. Esta de ahora, no es una exposición *de* historia, sino una reflexión *sobre* historia —para la historia de Andalucía, en concreto— y, además, hecha por un historiador ocupado y preocupado por lo que se llama «época contemporánea», con lo cual espero queden en cierta manera explicadas sus muchas lagunas y limitaciones. Y parte de la base de que para ponerse a trabajar lo que hace falta son deseos de hacerlo, algunas ideas más o menos claras, ciertos medios y unos cuantos objetivos hacia los que tender. La originalidad podrá venir más tarde, en el tratamiento de los temas, pero no en el diseño de los objetivos; y estas páginas quieren solo ser un punto de partida para la posterior articulación de un programa de trabajo, con una meta inicial muy simple: que todo aquel que seriamente se dedique a la investigación de la historia de Andalucía, no se sienta un francotirador «por libre», sino, al contrario, pueda encontrarse inmerso en un ambicioso y sugestivo proyecto común, siendo por ello parte de un equipo amplio y coordinado, con seguridad en el camino a recorrer y coincidencia en las metas a alcanzar.

---

(\*) Catedrático de Historia. Málaga.

Por último, quiero señalar que hay una triple razón que me ha impulsado a exponer hoy ante Uds., las sugerencias que siguen, en vez de presentarles el análisis de un tema específico *de* historia. En primer lugar, mi interés propio, como hombre y como historiador, por la historia de Andalucía que, al menos en la parcela en la que yo me muevo, lo tiene casi todo por hacer, aunque, desde unos años hasta aquí, ha habido evidentes progresos; pero es aún mucho lo que queda y hay que enfrentarse con ello, yo diría que de «otra manera» y desde otras perspectivas. En segundo lugar, por la casi absoluta desconexión existente entre los investigadores, que, con esfuerzo y dificultades, trabajan como pueden, sin apenas tener noticia de lo que otros están haciendo, lo que ocasiona no pocos problemas y pérdidas de tiempo; las anécdotas que lo testimonian podrían ser múltiples. Por último, por la necesidad que creo todos sentimos de aunar esfuerzos, coordinar trabajos, formar equipos y planificar investigaciones amplias en donde los «microestudios» que uno o unos puedan llevar a cabo, sean piezas útiles y solidas en la marcha de «macroestudios» de largo alcance y segura eficacia. En un palabra, mis peticiones, para que queden claras desde el principio, serían: que nadie se sienta solo en la tarea, sino engarzado a un más o menos ajustado proyecto general; que nadie se asuste ante la magnitud de lo por hacer, sino que se ilusione por la tarea a realizar, en la que uno colabora con otros; que no se den palos de ciego, sino que se tenga conciencia de que lo que se hace forma parte de un todo que tiene en sí mismo sentido y alcance.

Desde estas premisas estan pensadas y escritas las páginas que a continuación vienen.

### I. *Sobre la historia regional.*

De un tiempo a esta parte va ganando terreno en la historiografía española el estudio de la temática regional. Es algo que la escuela histórica francesa —quizás por su sólida formación geográfica— había puesto en práctica desde hace bastantes años. Entre nosotros esta vertiente ha sido mas tardía. Las causas que aquí la han motivado seguramente son múltiples y pueden ir desde el influjo francés, en unos casos, hasta la preocupación «regionalista», en otros, pasando por el convencimiento, cada vez mas extendido, de que hay que partir de la «historia regional» (y provincial y local) para alcanzar, con ciertas garantías, la «historia nacional».

El enfoque regional (provincial o local) reúne, en teoría, las siguientes ventajas: a) se tiene a mano un abanico de datos, a veces difíciles de conseguir para toda la nación; b) se trata de un área de observación asequible y próxima;

c) queda encuadrado, limitado y contrapesado por el conjunto del país que viene a ser, de esta manera, el marco idóneo de referencia, de acuerdo con el cual se puede medir la «aceleración» o «desaceleración» histórica —el desarrollo o atraso— del ámbito objeto de estudio. Son, en definitiva, ventajas técnicas que hay que unir a las cuestiones de fondo —postura regionalista; la historia nacional como resultante de las historias regionales...— que todos conocemos.

Si, en general, el planteamiento anterior parece aceptable en sus líneas básicas, lo es mucho más en el caso español. La plural realidad que es España tiene su expresión patente en las plurales manifestaciones de los problemas históricos; los ejemplos a aducir podrían ser muchos. Por eso, frente a las generalizaciones —de cuño centralista o de visión castellanocéntrica— que tanto abundan en las «historias de España» al uso, hay que plantear análisis a escala más reducida para, una vez culminado, ascender a una más ajustada historia de España. En una palabra: difícilmente podremos construir científicamente la «historia nacional», en su rica variedad, si no tenemos estudiadas las múltiples «historias regionales».

Alguna región española —y no entramos ahora en el planteamiento de las razones que la han conducido a ello— lleva ya algún tiempo investigando machaconamente su propia historia y, desde luego, con subyacentes planteamientos, digamos, regionalistas. Cataluña, y su escuela histórica, es, a este respecto, pionera. La «escuela histórica» catalana esta desde hace años —y sobre las bases indicadas— empeñada en la tarea de clarificar su pasado y se puede decir que es hoy la que ha alcanzado al respecto niveles más óptimos. En Galicia, País Vasco y País Valenciano se ha iniciado también, hace ya un cierto tiempo, este camino. Por ahí empieza a ir también la historiografía aragonesa. Y en esa corriente, aunque en una fase quizás más atrasada, se inserta también Andalucía, pero con unas remoras que lastran aún su decidida puesta en marcha.

Ultimamente Andalucía se ha planteado, una vez más, la necesidad de encontrar sus señas de identidad. La reflexión sobre su «ser en la historia» y el conocimiento de su pasado son piezas imprescindibles para alcanzar esta conciencia de su realidad. El historiador, al volver la vista atrás para recoger lo ya hecho y saber de que partir, advierte el gran vacío existente. En líneas generales, se puede decir que la mayoría de los estudios realizados están enfocados, no desde una «óptica andaluza», sino desde unas perspectivas «españolas»; y se constata, lógicamente, que no existe tampoco una síntesis general de la historia andaluza; que hay que remitirse a la vieja y, curiosamente, «andalucista» *Historia general de Andalucía*, de Guichot, inencontrable y extensa, escrita a mediados del XIX, con todos los defectos y virtudes típicos de la historiografía de la época, o recalar en el reciente libro del profesor Acosta Sánchez, también

«andalucista», pero desde otras perspectivas, *Andalucía. Reconstrucción de una identidad y la lucha contra el centralismo*, agudo e inteligente, aunque en algunos aspectos discutible, ensayo de interpretación, más que síntesis histórica de Andalucía. Un Ciclo de conferencias, en vías de publicación, desarrollado en el Ateneo de Málaga bajo el título *Aproximación a la historia de Andalucía*, y que a través de doce ensayos, encomendados a destacados especialistas, abarca desde Tartessos a la II República, trata de cubrir sumaria y provisionalmente este flanco.

Bien es verdad que en los últimos tiempos este panorama general apuntado esta cambiando y que una serie de equipos de trabajo y de historiadores, cuyos nombres están en la mente de todos, comienza a plantearse la historia de Andalucía desde Andalucía, como una realidad histórica sigularizada, en busca de su personalidad propia y definida. Se está, pues, en una fase de reenfoque de las investigaciones y de los programas de investigación. Pero es mucha la tarea que queda aún por hacer. En este sentido el *I Congreso de Historia de Andalucía*, cuyas Actas comienzan a publicarse, fue un paso decisivo y necesario, como un inicial balance de lo hecho, de como estaba hecho y de lo por hacer. Porque si en España la investigación histórica (y la investigación en los demás campos) ha sido, en general —aunque con honrosas excepciones—, bastante pobre, de niveles no muy aceptables, agravado todo ello por el individualismo, la falta de coordinación y la desconexión, estas deficiencias se han dado, quizás acentuadas, en Andalucía, con el agravante, además, de no observar la realidad andaluza con una entidad propia en el conjunto de eso a lo que llamamos historia de España. Si siempre la investigación debe estar relacionada estrechamente con el contexto social del que parte, ahora más que nunca, y de manera palmaria en el caso andaluz, la investigación ha de servir a la colectividad, desentrañando su pasado en su textura profunda, para explicar su presente y ayudar a la construcción de su futuro.

Dicho así lo anterior, ello lleva a la necesidad de replantearse a fondo y desde los nuevos ángulos apuntados, toda la historia de Andalucía; fundamentalmente, por dos razones: una, para desengancharla del enfoque castellano-céntrico, y, otra, para buscar lo que podríamos denominar sus perfiles propios y diferenciales. A los historiadores andaluces preocupados por la historia andaluza les interesa conocer el funcionamiento peculiar de esta historia, en el contexto de la historia de España, para formular las preguntas a las que tendrán que dar respuesta y, por este camino, empezar a conocer la peculiaridad andaluza y sus porqués en la historia general española.

En esta perspectiva, el encuadre nacional sirve de marco de referencia al posible «caso andaluz», que por ahí puede hallar, en buena parte, su explica-

ción; pero, sobre todo, puede ser de gran utilidad el recurso a lo que podríamos denominar «modelos cualitativos históricos». En esta perspectiva, también, la actual historiografía andaluza ha de tener clara su ineludible tarea de reconstrucción de una «historia perdida», para la que necesita dosis de «vocación andaluza». Se creará así una estrecha relación entre la realidad social objeto de estudio y la voluntad de conocimiento científico de los investigadores que, de esta manera, ayudarán al pueblo andaluz a desentrañar los fundamentos de su existencia histórica, punto de apoyo clave para la articulación de su conciencia de pueblo.

En definitiva, y recapitulando todo lo expuesto, se podría decir que el nuevo planteamiento de la historia de Andalucía que aquí se bosqueja, vendría a consistir en estudiar y reflexionar sobre el largo pasado andaluz, no como una extensión de Castilla —Castilla la Novísima—, pura prolongación más o menos indiferenciada de un proceso histórico que se da como general, del cual, por otro lado, evidentemente que es parte, sino que habría que abordarla primariamente como un proceso histórico con entidad propia, que tiene su diferencial trayectoria, que «vive» de manera peculiar los «problemas generales» y, a la vez, presenta otros puramente específicos suyos. Este es el giro que creo necesita dar ahora la historiografía andaluza, que en cierta manera ya está dando, y que es, *hic et nunc*, imprescindible para estrechar la relación investigación-sociedad, vía fundamental de participación del investigador en el proyecto de construcción de futuro de un pueblo.

## II. *Consideraciones sobre la programación e investigación de la historia de Andalucía.*

Parece, pues, que los caminos de la investigación histórica deben ir, en buena parte, por la «historia regional». Si así es, con más motivos en Andalucía. Las razones son muchas. Existe una inmediata: el enorme peso espacial geográfico —y humano-demográfico— que Andalucía tiene y ha tenido en España, y que ha movido a más de un autor a atribuirle un papel decisivo en la marcha de toda la nación, de modo particular, en la época contemporánea. Así, Bernal y Drain podrán escribir que «generalizando mucho, para España, *el problema agrario es siempre el problema andaluz*». Así Acosta Sánchez no duda en afirmar, tal vez con un punto de exageración, pero no alejándose en exceso de la verdad: «Para lo bueno y para lo malo, Andalucía ha sido la matriz de España». Hay luego que considerar la secular relevancia de su historia —de sus problemas, quizás diríamos mejor, de acuerdo con Díaz del Moral— en el proceso histórico general español. A este respecto, Joaquín Guichot, en su *Historia general de Andalucía* escribirá que «el suelo andaluz continuará siendo el vasto

palenque donde se discuten y deciden con la palabra y con las armas los destinos de España». Por último —y las razones anteriores serían las «causas profundas» de su acción—, por la actual necesidad andaluza de «ponerse al día», de revisar su pasado como la forma y manera de conocerse a sí misma, para así también ayudar a conocer el complejo preterito peninsular. No es ajena a esta última justificación —y no olvidemos que la historia es hija de su tiempo; que cada tiempo hace su historia— la coyuntura política que esta viviendo en estos momentos Andalucía, en pos de su afirmación autonómica.

Aunque para esta labor a realizar no se parte de cero, si que en el arranque las cotas son relativamente bajas. Como decíamos más arriba, el deficiente nivel y la escasa coordinación de las investigaciones en España ha sido, con honrosas excepciones, más patente en Andalucía. Pero, además, aquí, la carencia de lo que llamamos unos «planteamientos andaluces» —aspecto no tan agudizado en los casos valenciano, vasco y gallego y prácticamente casi inexistente en el catalán—, minimiza bastante muchos de los resultados hasta ahora obtenidos y obliga casi a un nuevo reajuste del material elaborado, o a una muy cuidadosa utilización de sus resultados. Por todo ello, y valga la redundancia, hay que comenzar por el principio, y este pensamos que debe ser el del puro acarreo de materiales, seguido de su balance sumario.

De estos iniciales mínimos sería, quizás, útil —es esta una idea a discutir— una primera y provisional *Síntesis* que, poniendo al alcance general qué es lo que sabemos —para tener conciencia de lo mucho que nos queda por averiguar— fuera, a la vez, plataforma de partida de los posteriores análisis monográficos; ello haría posible, en un estadio más avanzado de la investigación, otra nueva *Síntesis* que así vendría a ser una reflexión en mitad del camino, reelaborando lo ya conocido y preparando el terreno para nuevas indagaciones.

Es claro que hay que impulsar investigación erudita, que es la única capaz de enriquecer los conocimientos sobre las cosas —sin erudición, se ha dicho, no puede haber historia—, pero hay que fijar como objetivo la síntesis, que viene a ser la culminación de un esfuerzo; o la desembocadura natural de la historia. En pocas palabras: potenciar, por un lado, la «vertiente especializada», erudita, mediante los necesarios análisis monográficos; fomentar, por otro, las síntesis sólidas, pero también de amplio alcance, que, a más de poner en las manos de cualquier lector el nivel de conocimientos a que la investigación ha llegado, permita a los estudiosos proseguir en la profundización de lo ya conocido.

A.—Desde la perspectiva diseñada, como primera tarea se impone una revisión de lo hecho —un cuidadoso balance bibliográfico—, acompañado de un aporte

de fuentes y de su localización. Y todo ello por algunas razones que creemos importantes: porque hay que conocer que temas se han abordado y, una vez hecho esto, analizar su tratamiento, con lo que, correlativamente, quedaran al descubierto los aspectos no estudiados o deficientemente analizados y que, por ello, es preciso tomar en consideración; incluso diría fijando que cuestiones deben ser prioritarias. El objetivo final que se persigue es el de alcanzar una especie de sistematización general que nos permita plantear lo que los franceses llaman un «estado de la cuestión», fundamento necesario para la formulación y puesta en marcha de cualquier proyecto de investigación.

En esta línea hay que decir que algo se ha andado ya. Como antes se indicaba, el *I Congreso de Historia de Andalucía* trato de cubrir de alguna manera, aunque no de forma sistemática, este espacio apuntado. A esta labor ya iniciada, es preciso añadir nuevos esfuerzos. Para simplificar, yo los resumiría en lo siguiente:

- a) *Balance bibliográfico-crítico*, por épocas y especialidades, que nos permitiera saber al día, en donde estamos científicamente, hasta donde sabemos y desde donde hemos de partir, localizando todo lo publicado e incluso, creando una especie de Biblioteca Central de Andalucía que reuniera todo ese material, más el que fuera apareciendo luego.
- b) *Localización y catalogación e, incluso, en lo posible publicación* de fondos documentales de todo tipo, llevando sus resultados a un fichero central (que podría ser esa Biblioteca señalada) y la edición de una *guía documental* de Andalucía.
- c) *Catálogo monumental de Andalucía*, detallado y documentado, para conocer el estado y situación de los múltiples restos arqueológicos existentes, parcela esta nada desdeñable para la comprensión de la historia andaluza.

Se trata, en definitiva, de facilitar todo el material necesario para la puesta en marcha racional de cualquier investigación.

En cierta manera, viene a ser, todo lo expuesto, el prolegómeno necesario al viejo «método erudito». Quizás sea deformación profesional, pero estoy de acuerdo con Soboul en que «para dominar los acontecimientos es necesario conocerlos primero». La historia brota del análisis de los documentos; pero previo a este análisis, esta el desvelamiento de los fondos documentales y el

balance crítico de la bibliografía existente. Esto es elemental y puede parecer a muchos un nuevo descubrimiento del Mediterráneo. Pero pienso que nunca se insiste bastante en estas cuestiones de principio. Luego, a partir de ahí, entra el historiador, cuya tarea más característica, como escribía Lefebvre, consiste en «reunir los hechos que ha seleccionado, de forma que logre un conjunto que satisfaga a la inteligencia, es decir, encontrar en esos hechos las relaciones que permitan en cierta manera explicarlos».

Hay, además, otra idea que ya apuntada conviene subrayar de nuevo. Se acepta por muchos historiadores que existe una evolución paralela entre la historia en sí y las concepciones de la historia. Dicho de otra manera: cada época, de acuerdo con sus coordenadas, problemas y preocupaciones, se replantea su pasado. Y así, el punto de vista que el historiador posee de su época y de su clase, puede servirle para interrogar el pretérito y descubrir ciertos aspectos hasta entonces en la sombra o desenfocados. En la actual coyuntura andaluza, la revisión de su pasado es, a todas luces, imprescindible. Y para conseguirlo, por un lado, hay que regresar a las fuentes, facilitando su localización y, a ser posible, dándolas a la luz; por otro lado, es preciso hacer un balance crítico de la bibliografía, aprovechando todo lo útil, insistiendo en los enfoques bien orientados y concretando otros nuevos que hagan más fácil el avance hacia las metas propuestas.

B.—La fase posterior —que incluso puede ser simultánea por la urgencia andaluza en conocer su historia— debe ser *la fijación de unos temas y de unas líneas de investigación*; y ello, desde una estrecha colaboración interdisciplinar y una decidida coordinación. Simplificando al máximo, habría que señalar dos niveles fundamentales:

- a) por un lado, a partir de lo que podemos llamar «grandes cuestiones nacionales» (por ejemplo, los problemas de la tierra, la industrialización y formación del capitalismo, las convulsiones revolucionarias, etc.), analizar cual y como ha sido su desenvolvimiento en Andalucía, a todos los niveles (local, provincial, regional), con el fin de observar si el comportamiento andaluz es un correlato del nacional o si hay en ese fenómeno general una problemática y unos planteamientos específicamente andaluces; en fin, cuales son, si existen, las variantes y peculiaridades regionales de ese «hecho nacional»; es este el nivel más utilizado hasta ahora, pero yo insistiría en que hay que centrar más la cuestión estudiada en Andalucía; quiero decir, ver más *la presencia andaluza* en el fenómeno histórico que se analiza, que *la extensión del fenómeno histórico* a Andalucía; así, por ejemplo, en vez de «la

revolución del 68 en Andalucía», plantear a la inversa, «Andalucía en la revolución del 68»

b) por otro lado, enfrentarse con el estudio de lo que podríamos llamar «problemática puramente andaluza» para, implicada en el análisis de los fenómenos del nivel anterior, tratar de ir construyendo la propia y diferencial historia de Andalucía y su comportamiento en el marco de la historia española.

Con todo ello se tiende a ahondar en el proceso de identificación andaluza, al tiempo que se ayuda a matizar, precisar y enriquecer la propia historia española que, por este camino, puede comenzar a ir saliendo de las generalizaciones habituales y adquirir unos perfiles más rigurosos y reales. Como es de esperar que las diversas regiones españolas pongan en práctica un proyecto historiográfico similar a este, o, de la manera que sea, impulsen su propia historia, al tiempo que se van afianzando las «historias regionales», se va dando cuerpo a una más auténtica «historia nacional».

C.—En línea con todo lo anterior, se necesita, para mantener una imprescindible coherencia, una clara y coordinada *programación de las investigaciones*. Evidentemente que esto no se improvisa, y requiere tiempo y trabajo, además de medios económicos y humanos. Pero, esquematizando, se pueden diferenciar dos aspectos y, al tiempo, ofrecer una sugerencia (aunque, bien considerado, todo lo expuesto no pase de ser un conjunto de sugerencias):

a) por una parte, *la constitución de equipos interdisciplinares* (hay que abandonar, cada vez más, la vieja imagen del «historiador artesano»), que permitan enfrentarse con la temática más amplia y variada, con el fin de acceder, en lo posible, y a la escala previamente acordada, a una «historia total» del fenómeno abordado, única manera de ir ganando etapas hacia el conocimiento científico del pasado

b) por otra parte, *la programación rigurosa de investigaciones de amplio alcance* —en las que participen esos equipos solicitados—, a nivel interfacultativo e interuniversitario, con una estrecha relación, asiduos contactos y permanente coordinación y revisión de lo hecho, con el fin de poder avanzar por pasos seguros y firmes y evitar la dispersión inútil, infructuosa y descorazonadora

c) por último, y he aquí la sugerencia, posible creación de una especie de organismo o Institución de coordinación (algo así como un

*bien dotado Instituto de Historia de Andalucía*), (\*) que sirva de plataforma de conexión para las investigaciones y para los investigadores, pueda ser, a la vez, banco de temas y de difusión de resultados, controle o supervise la marcha de los trabajos y canalice la inserción de cualquier ayuda, económica o humana, en la tarea común.

Se busca, con todo ello, aunar esfuerzos y rentabilizar el trabajo. Que todos estén —y se sientan— inmersos en un proyecto colectivo, amparados en él y participes en su desenvolvimiento. Se trata en definitiva de sumar ayudas y conectar acciones; no se quiere coartar la libertad de nadie con respecto a su personal manera de hacer la historia, sino, al contrario, de ofrecer un marco general de trabajo, con unos objetivos concretos que a todos interesan, vinculando entre sí todos los trabajos, y proporcionando, en suma, un «camino a hacer» en común.

D.—Por último, y en estrecha unión con todo lo anterior, *señalar los objetivos*, tanto generales como concretos, de los proyectos de investigación. Uno primordial sería, como dicen los franceses, «faire de l'histoire», hacer ciencia histórica, ir avanzando, mediante etapas claramente fijadas, hacia la verdad histórica. Subsumido en este objetivo científico básico, se hallará la construcción seria y sólida de una historia de Andalucía, que permita conocer en su totalidad sus singular comportamiento pasado que la ha llevado hasta el complejo y conflictivo presente.

En el contexto de estos que llamaríamos «objetivos finales», se sitúa un abanico de «objetivos intermedios» profesionales, metodológicos, puramente historiográficos:

- a) la revalorización de la «historia local» replanteada desde los nuevos enfoques (y de la que ya tenemos algún ejemplo) y, desde ella, tratar de entender en su justo valor y de explicar en su heterogeneidad fundamental «las Andalucías» que sirven de base a la innegable unidad andaluza
- b) aplicar métodos de análisis riguroso gracias a la participación en el trabajo colectivo de una gama de especialistas de todo tipo, que ha-

---

(\*) «Con el nombre de Instituto de Historia de Andalucía existe ya un centro adscrito a la Universidad de Córdoba, creado y alentado por el profesor J. M. Cuenca Toribio, que viene desarrollando un esfuerzo constante y encomiable, promoviendo estudios y publicando trabajos referentes a la historia andaluza».

cen posible la utilización de las técnicas instrumentales más retinadas

c) recurso a fuentes amplias, variadas y, en general, bastante completas, que permitan profundizar al máximo en los temas y cuestiones, al abordar todas las facetas del fenómeno histórico objeto de estudio.

En suma, y para no alargar la enumeración, que podría ser más amplia y que otros sin duda ensancharán, buscar la consecución, según se dijo, de una «historia total», única manera de alcanzar las auténticas raíces sobre las que a crecido y se ha desarrollado Andalucía.

### III. *A manera de conclusiones.*

«Parece llegada la hora —dice el profesor Acosta Sánchez en un libro reciente— de la reconstrucción y reinterpretación de la historia de Andalucía, como vía inexcusable para la recuperación de nuestra identidad como pueblo, en esta coyuntura clave de las autonomías». Pues bien, las reflexiones anteriores, que temo no sean más que una serie de «verdades de Perogrullo», escritas con el deseo de iniciar o reemprender un posible debate y, sobre todo, de promover a una acción conjunta en favor de la historia de Andalucía, van en esa dirección que Acosta señala; implican, también, la búsqueda de unos resultados, más o menos inmediatos, como punto de arranque hacia unos objetivos a más largo plazo. Sin embargo, a corto plazo, se urge a lo siguiente:

- a) a la programación de un conjunto de trabajos que revitalicen y racionalicen la investigación histórica andaluza
- b) a la creación de amplios equipos interdisciplinares, con pluralidad de especialistas, con programas concretos y precisa coordinación
- c) a la puesta en marcha de una estrecha colaboración entre especialistas y equipos, para conseguir rescatar la historia de Andalucía.

Todo esto es, en esencia, la petición de un esfuerzo colectivo hacia una empresa común que, aquí y ahora, se llama Andalucía. Y pienso que los historiadores, desde nuestro trabajo profesional, hemos de estar presentes y colaborar en ese empeño prioritario. Desde esa voluntad de participación están escritas estas páginas.

Hoy, pues, una meta que se presenta inmediata, es la de ayudar a la formación y difusión de una «conciencia andaluza». Conocer, para comprender; y, desde el conocimiento y la comprensión, construir el futuro. Nuestra aportación (y tal vez nuestra obligación), como historiadores, es la reconstrucción del pasado, para desde él racionalizar el presente. Se ha dicho que la Historia es el conocimiento del presente a través del pasado y en la medida que este presente cambia, se modifican también las preguntas que el hombre formula al pasado; a su pasado. Por eso, cada época hace su Historia. Y Andalucía vive ahora un momento crucial que obliga a esa nueva y necesaria reflexión sobre su pasado. Braudel ha sintetizado esta idea en una frase: «Presente y pasado se aclaran mutuamente, con luz recíproca»; y Vicens lo expresaba de la manera siguiente: «comprender a los que han sido en su propia circunstancia histórica, para comprendernos mejor a nosotros mismos en nuestra propia existencia colectiva».

Y al fondo, como objetivo final, Andalucía. Con unas preguntas cuyas respuestas serían la culminación de nuestro trabajo de historiadores, de nuestro «*metièr d'historien*»:

- a) en primer lugar, ¿cuál ha sido el papel real y la problemática específica de Andalucía en la historia de España?
- b) en segundo lugar, ¿de qué manera ha actuado Andalucía en el proceso histórico español y cuál ha sido su personalidad propia en el contexto de la historia nacional?
- c) por último, ¿a través de qué pasado se ha desembocado en el actual presente andaluz?

Pensamos que con la contestación a estas cuestiones, y a otras más que habrá que plantear, los historiadores se vinculan al proceso de renacimiento y reconstrucción de Andalucía, puesto en marcha de un tiempo a esta parte. Ahí hay, pues, todo un reto, al que debemos dar respuesta. O para decirlo con las hermosas palabras con las que el profesor Domínguez Ortiz finaliza su estudio sobre *La identidad de Andalucía*: «La unidad andaluza, tras haberse basado en una prosperidad común, hoy se basa en la comunidad de un signo adverso. Pero ya estamos dando los primeros pasos para arrancarla de él. Estos primeros pasos son, ante todo, la conciencia de una real decadencia, mucho tiempo escondida bajo falsos oropeles, o disimulada por el pudor de un pueblo próspero que soporta con dignidad sus miserias y pesares. Luego, estudiar sus causas, a

través de investigaciones históricas hechas con rigor. Logrado el diagnóstico, podemos confiar en que las virtudes de este pueblo le devolverán el puesto de honor que siempre tuvo dentro de la comunidad española».

### *RESUMEN:*

En este artículo el profesor J.A. Lacomba, tal y como él mismo señala en la introducción no va a analizar ningún tema de historia, sino que va tratar sobre la historia. La idea que mueve estas páginas es la de expresar una necesidad que al historiador día a día le es más patente, cual es la de agrupar, aunar esfuerzos en torno a la historia de Andalucía, por cuanto que existe una desconexión que se traduce la mayoría de las veces en descontento por parte de los mismos historiadores del actual estado de la historiografía andaluza.

El autor considera que la forma más eficaz y completa de estudiar los hechos históricos es mediante el encuadramiento de los mismos en espacios concretos lo más reducido posible y de aquí que abogue por una historia local, provincial y regional como sistema que nos permitiera ir conociendo dichos hechos a todos los niveles y con las matizaciones que hacen que la historia tenga una mayor entidad social.

En las últimas páginas, tras reconocer la labor que en torno a la historia de Andalucía están realizando hasta la fecha instituciones e historiadores andaluces, el autor considera necesario la creación de equipos interdisciplinarios que trabajando de forma coordinada influyan decididamente en el conocimiento por el pueblo andaluz de su historia.

### *RESUME:*

Dans cet article le professeur J.A. Lacomba, comme lui même souligne á l'introduction ne va analyser aucun sujet d'histoire, mais il va essayer sur l'histoire. L'idée qui suseite ces pages est celle d'exprimer une nécessité qui de plus devient patente pour l'historien, comme c'est celle de grouper, de conjuguer les efforts autour de l'histoire d'Andalousie, parce qu'il existe un débranchement qui se traduit le plupart des fois par un mécontentement de la part des historiens eux-mêmes sur l'état actuel de l'historiographie andalouse.

L'auteur considère que la façon la plus efficace et complète d'étudier les faits historiques c'est à travers leur encadrement dans des espaces concrets les plus réduits que possible, et par conséquent il plaide en faveur d'une histoire locale, provinciale et régionale comme le système que nous permettrait la connaissance de ces faits à tous les niveaux et avec les nuances qui font que l'histoire ait une plus grande entité sociale.

Dans les dernières pages, après reconnaître le travail qu'au tour de l'histoire d'Andalousie sont en train d'effectuer jusqu'au présent des institutions et des historiens andalous, l'auteur considère nécessaire la création d'équipes interdisciplinaires, lesquels en travaillant d'une façon coordonnée, aient une influence décidée sur la connaissance par le peuple andalous de sa propre histoire.

#### *SUMMARY:*

Prof. J. A. Lacomba, as he points out at the beginning of the article, does not intend to analyze any historical subject but history itself. His main purpose is to express a need the historian feels more and more every day, that is to gather closely together all human efforts around Andalusian history, since there is now a lack of connection that most of the time creates a dissatisfaction on the part of the historians themselves with the present state of Andalusian historiography.

The author considers the most efficacious and complete form of studying historical facts to place them within the frame of concrete areas—as reduced as possible—and thus he advocates for a local, provincial and regional history as a system which permits to show the facts at all levels and with due nuances that make history to have a greater social entity.

In the last pages, after acknowledging the efforts made up to the present for the history of Andalusia by both Andalusian institutions and private historians, the author deems necessary the creation of interdisciplinary teams that working in a coordinated form may exert a decisive influence in the knowledge of their history by the Andalusian people.